

encierra, disgustado de la estrechez de su frágil cárcel, y en busca de la inmensidad de los espacios.

Vuela! vuela, alma feliz, á tu verdadera patria! tu paso por el mundo queda para siempre marcado por la inmortal y luminosa estela de la virtud, de la ciencia y de la gloria! Tu memoria bendecida vivirá eternamente con nosotros! Tu noble ejemplo nos animará á todas horas, y el glorioso nombre de Miguel F. Jimenez, despertará en nuestra patria el noble orgullo de la madre amorosa que contemplara á un hijo predilecto, erguido sobre el pedestal de la gloria, circundado por la aurora del genio, venerado por los hombres eminentes de su época.

Señores: sequemos las lágrimas que nublan nuestra vista para poder contemplar en todo su esplendor la imponente figura que á nuestra vista se remonta hasta el cielo de la inmortalidad! No nos encerrémos en una estéril tristeza! Levantémos unánimes nuestros votos de admiracion y de respeto á la memoria del hombre notable que nos abandona; y si se dice acaso *la patria de Hipócrates y de Galeno* para inmortalizar á aquellos grandes hombres, digamos hoy nosotros como un justo homenaje tributado á la memoria del sér querido que nos deja: *La patria de Jimenez*.

Ilustre muerto! sobre tu helada tumba vengo á depositar, yo, el más humilde de tus admiradores, una corona de ciprés y siempreviva, humedecida con las lágrimas sinceras emanadas del fondo de mi alma. No temas que se marchité jamás: las lágrimas de tus hermanos se encargan de regarla.

Miguel F. Jimenez! descansa en paz!

AGUSTIN A. FRANCO.



SEÑORES:

**A**NTE los restos inanimados de este gran mexicano, honra de su patria por sus virtudes, y honra de la América por su ciencia, yo vengo á decir algunas palabras, testimonio de nuestro dolor, en nombre de los médicos de ese hospital que ayer se llamaba San Pablo,

como el apóstol santo del cristianismo, y que hoy se llama Juárez, como el apóstol virtuoso de la independencia y de la libertad. Yo quise declinar este honor, porque aun no he recobrado mis fuerzas, quebrantadas por la enfermedad que durante largos y numerosos días me ha tenido clavado en el lecho del dolor; pero he pensado que la suerte, al elegir mi nombre, ha sido una casualidad providencial, pues por mi origen de nacimiento vengo también aquí en nombre de esa otra mi pobre patria, que llena de dolores se revuelca tiñendo de noble sangre las azules aguas del Golfo mexicano, en el trabajoso alumbramiento que ha de dar una estrella más á la brillante constelación que forman las repúblicas hispano-americanas. Y al pensar esto he preferido venir arrastrándome para cumplir lo que entonces ha aparecido á mis ojos bajo la forma inexorable de un deber, que nadie como yo podía ni debía llenar. En nombre, pues, de aquellos, y en nombre también de ésta, yo deposito aquí con mis pobres palabras mi modesta corona de siemprevivas sobre la tumba del eminente clínico de San Andrés, que ha hecho sonar con honra el nombre de México en los cónclaves de la sabiduría universal, y que con su ejemplo y con su palabra ha enseñado á todos, que la medicina es el apostolado de la ciencia y de la caridad. Ojalá la Escuela mexicana conserve siempre la memoria del grande hombre que hoy lloramos, y con cuyo recuerdo siempre nos enorgulleceremos, para que sirva á los nuevos iniciados de ejemplo y de modelo en la ruta espinosa de nuestra profesion, como servia á los israelitas de guía, al través de las penalidades y peligros del desierto, la columna de fuego de que nos hablan los libros santos. Así su influencia bienhechora seguirá aun más allá de la tumba empujando á la juventud por la áspera cuesta que conduce á la virtud y á la ciencia, estas dos hermanas gemelas, hijas de la verdadera sabiduría. Así su muerte nos será ménos sensible, y algo podremos consolarnos de su pérdida, escribiendo llenos de gratitud sobre la mármorea losa de su sepulcro, aquellas santas palabras: «Bienaventurado el hombre que á la hora de su muerte, todo un pueblo bendice la hora de su nacimiento.»

MAXIMILIANO GALAN.